

# LA MEMORIA<sup>1</sup>

\*\*\*

## THE MEMORY

---

**Charles Blondel**

---

**Sección:** Textos selectos

**Recibido:** 26/03/2021

**Aceptado:** 31/03/2021

**Publicado:** 12/04/2021

---

La memoria histórica, estudiada por Nogué en un artículo de la *Revista filosófica*, y así nombrada porque nos suministra un conocimiento ordenado de nuestro pasado, análogo al que tenemos de las vidas de Luis XIV o de Napoleón, aparece como exclusivamente propia del hombre. No parece que los animales llamados superiores, incluso los domésticos, sepan ni con mucho su propia historia como nosotros sabemos la nuestra. Su comportamiento testimonia que poseen hábitos capaces de imitar en ocasiones los recuerdos; pero eso no permite atribuirles recuerdos propiamente dichos.

La existencia de esta memoria histórica en el hombre es el origen de un prejuicio que no se formula voluntariamente, ya que se revela incompatible con la realidad tan pronto como se formula, en el que las especulaciones bergsonianas e incluso psicoanalíticas sobre la conservación integral del pasado en el inconsciente ponen tal vez una parte de su seducción, y el cual, en la práctica, determina obscuramente una parte de nuestra conducta. En la vida social, igual que en nuestra vida íntima, tendemos a comportarnos como si todo hombre tuviese, por medio de su memoria, el conjunto de su pasado a su disposición, como si nosotros debiéramos poder en todo tiempo dar cuenta a otro o a nosotros mismos de todo lo que nos ha sucedido, de todos los acontecimientos en los cuales hemos tomado parte o ante los cuales hemos sido meros espectadores. La prueba de ello la tenemos en los procedimientos judiciales: el juez no vacila en exigir del acusado e incluso de los testigos que recuerden exactamente, en períodos de semanas, meses o años, lo que han hecho, dicho, visto u oído. También la tenemos en esa especie de desasosiego y

---

<sup>1</sup> Tomado de: Charles Blondel (1928). *Psicología Colectiva*. México: Compañía Editorial Nacional, 1945, pp.143-177. Traducción de Nazario J. Domínguez. Selección de Amílcar Carpio Pérez y Jorge Mendoza García.

de molestia que experimentamos al no poder evocar un recuerdo por insignificante que sea, no solamente cuando tenemos necesidad de él, sino también cuando no nos sirve de nada, cuando es puro objeto de lujo mental; y sentimos siempre alguna humillación cuando vemos surgir de nuestro pasado un rostro al cual no podemos aplicar su nombre. El olvido de nombres propios es una experiencia tan banal que deberíamos tomar sobre ella una resolución: no es solamente la lista de las musas la que no conseguimos recordar, sino también la de nuestros camaradas de clase o la de nuestros compañeros de pelotón. Es evidente que la mayor parte de nosotros no recuerda nada, en el pleno sentido del término, de lo que ha hecho el 12 de julio último a las 9 horas de la noche. De lo único que somos capaces en semejante caso es de reconstituir, por medio de una serie de retazos, que examinaremos más de cerca, con una aproximación muy variable, lo que verosímilmente habíamos podido o debido hacer en el preciso momento considerado.

En todo caso, vista la importancia de la memoria histórica, tal como Halbwachs lo ha probado muy bien en su obra capital sobre *Los marcos sociales de la memoria*, el punto capital por dilucidar en el estudio de los fenómenos mnésicos son los caracteres y las condiciones de esos recuerdos precisos, determinados, localizados y fechados, relativos a acontecimientos que sólo tienen lugar una vez y no son jamás íntegramente reproducidos. Recuerdos constantemente experimentados y que nos parecen tan naturales, tan consustanciales, por así decirlo, con nuestro ser mental, que tendemos a exagerar en ellos la frecuencia y la permanente posibilidad. Estos recuerdos precisos y determinados, que constituyen los recuerdos en el pleno sentido del término y que, en consecuencia, llamaremos en adelante recuerdos propiamente dichos, se engloban para cada uno de nosotros en un pasado personal que nos da la impresión de ser a la vez continuo y ordenado. Sin embargo, por una muy extraña paradoja, esta impresión, impuesta a nosotros con la fuerza inquebrantable de una certidumbre intangible, es refutada sin cesar por la experiencia cada vez que quiere fundamentarse en ella. Nos es prácticamente imposible volver a recorrer íntegramente un momento cualquiera de nuestro pasado –jornada de ayer o momento que acaba de transcurrir-, volver a recomponer todos los menudos acontecimientos que lo han llenado, volver a situar los unos en relación con los otros con una exactitud rigurosa. El orden del mundo quiere que yo me haya calzado esta mañana, puesto que tengo ahora mis zapatos en mis pies, y que me haya puesto mi corbata antes que mis puños postizos o mis puños postizos antes que mi corbata. Pero mi memoria no me dice nada sobre ello: yo no me acuerdo ni de haberme calzado ni de haberme puesto antes o después mi corbata o mis puños. De esta manera, entregados a nosotros mismos, ayudados solamente con lo que nuestra memoria tiene de nosotros, sólo podemos obtener de nuestro pasado una imagen fragmentaria, en la que los acontecimientos se desparramarían en intervalos mal determinados y en un orden incierto. Así, pues, desde el principio parece evidente que esta certidumbre

de la continuidad y de la irreversibilidad de nuestro pasado que señalábamos en nosotros hace un instante, no podemos obtenerla de nosotros mismos y por nuestra propia y directa experiencia, que la invalida a cada paso. Nuestros recuerdos se sitúan en un marco que ellos solos son impotentes para completar. No es nuestra memoria propiamente personal la que proporciona a nuestro pasado la consistencia, la continuidad, la objetividad, en una palabra, que lo caracteriza a nuestros propios ojos. Vamos a intentar probar que esas circunstancias se deben a la intervención de factores sociales, a la perpetua referencia de nuestra experiencia individual, a la experiencia común a todos los miembros de nuestro grupo, a su inserción en marcos colectivos a los que se reportan los acontecimientos a medida que son producidos, a los que continúan adheridos una vez desaparecidos y en el seno de los cuales efectuamos, no solamente la localización, sino también el recuerdo.

No es evidente a primera vista, como ha pretendido Durkheim, que la noción de tiempo homogéneo sea de origen social, y preocupados aquí, en estos tanteos preliminares, de no apoyarnos sino sobre la evidencia, no nos aplicaremos a la consideración de este problema. Mas es evidente, en cambio, que todos los sistemas cronológicos utilizados en un momento cualquiera de la evolución humana para medir el tiempo homogéneo son instituciones sociales. El establecimiento de los calendarios, la determinación del punto de partida de una cronología, primera Olimpiada, Fundación de Roma, Nacimiento de Cristo, huida de Mahoma, son otras tantas convenciones arbitrarias, universalmente aceptadas por plazos más o menos largos y por grupos más o menos grandes. Todo sistema cronológico, una vez adoptado es capaz de abarcar el conjunto del pasado y del porvenir. No hay día, por lejano que se encuentre en el pretérito o en el futuro, al cual no pueda fijar su fecha nuestro calendario gregoriano. Podemos muy bien pensar en el 30 de septiembre del año 239486 antes o después de Jesucristo, y aunque seamos impotentes para imaginar lo que ha sucedido o sucederá en ambas fechas, estamos por lo menos seguros de que en ellas ha pasado o pasará alguna cosa en alguna parte. El espacio temporal así medido por nuestros sistemas cronológicos viene a ser para nosotros el receptáculo de acontecimientos a la vez pasados o futuros, de los que no sabemos absolutamente nada, o de acontecimientos sobre los que sabemos más o menos precisamente que han tenido o tendrán lugar, y de los cuales unos nos son indiferentes mientras que otros, por el contrario, nos afectan diversamente, ya porque interesen a nuestro grupo, ya porque hayan tenido a nuestros padres o deban tener a nuestros hijos como actores o como testigos, o de acontecimientos, en fin, que son propiamente nuestros porque nosotros hayamos estado o participado en ellos. En el seno de la inmensidad impersonal del espacio temporal, los incidentes de nuestra vida individual se disponen como otros tantos puntos que no difieren de los otros sino por su situación. El matrimonio de Napoleón pertenece a su biografía y también a la historia. Nuestro propio matrimonio sólo pertenece en el fondo a nuestra propia biografía; pero si es

cierto que no pertenece a la historia, ni para la mayoría de nuestros contemporáneos, ni para el conjunto de la posteridad, no por eso deja de pertenecer a nosotros y a nuestros amigos, pues para ellos y para nosotros tiene su fecha, que no puede ser enunciada de distinta manera para un emperador y para un simple ciudadano. De esa manera, nuestra biografía se introduce en la historia del mundo y de la humanidad, localizando como ella los incidentes de los cuales está compuesta en el mismo medio anónimo y fundiéndose con ella a ese respecto.

Por otra parte, nuestra existencia, como todo lo que se desenvuelve en el tiempo, se encuentra dividida en partes: años, meses, días, horas, minutos. Ahora bien, teniendo en cuenta nuestra sola experiencia personal, experimentamos no solamente, como ya hemos visto, que el orden de sucesión de estas partes no persiste rigurosamente en nuestra memoria, y que ciertas partes de entre ellas están para nosotros vacías de todo recuerdo, sino también que los años pasan más aprisa a medida que envejecemos, que hay días fugaces como relámpagos y minutos interminables. Si escuchamos aquí nuestro sentimiento y si no nos convencemos, por el contrario, de que años, horas y minutos son iguales entre sí, como lo son los días y los meses, que estas subdivisiones del tiempo se suceden en un orden irreversible y que todas han sido necesariamente vividas por nosotros con la misma velocidad e igual consistencia impersonales, cualesquiera que sean los recuerdos que ulteriormente las lleven, si no hacemos eso es que dejamos de someter nuestra experiencia personal a la experiencia colectiva, es que no nos inclinamos ante la autoridad del sistema cronológico en vigor en nuestro grupo, cuya continuidad objetiva comprende la de nuestro pasado e implica, en consecuencia, que fracciones iguales de nuestra vida, habiendo sido necesariamente vividas, hayan sido todas por igual el receptáculo de acontecimientos y se encuentren, por ende, igualmente pletóricas de recuerdos virtuales.

Fijamos en el curso de nuestra existencia cierto número de fechas. Unas son relativas a acontecimientos que interesan a nuestro grupo; las otras se refieren a acontecimientos que sólo nos interesan a nosotros. El número de las primeras varía para cada uno, según la importancia de los acontecimientos políticos contemporáneos y del interés que en ellos se tenga. Estas fechas, procedentes de la historia, nos sirven en su totalidad de puntos de referencia para situar el detalle de nuestro pasado; pero algunas de entre ellas, por la profundidad de su repercusión en nuestras vidas, dejan una grieta tan honda entre lo que fuimos antes y lo que hemos sido después, que un primer golpe de vista basta para reconocer si un acontecimiento de nuestro pasado es anterior o posterior a ellas: tales, por ejemplo, el 2 de agosto de 1914 y el 11 de noviembre de 1918<sup>2</sup>. En lo que concierne a los incidentes y acontecimientos de nuestra propia vida, como sabemos siempre en qué día nos encontramos, se fechan maquinalmente a

<sup>2</sup> Fecha en que dio comienzo y fin de la primera Guerra Mundial. Nota del traductor.

medida que se viven, aunque la mayor parte olvidan su fecha casi enseguida o, cuando menos, muy rápidamente: raramente guardamos más de una semana el recuerdo de nuestra última comida fuera de casa. Sólo o casi sólo escapa a este olvido la fecha de los acontecimientos que tienen una significación y un valor social. Así es como sabemos más o menos exactamente la fecha de nuestra primera comunión, la de nuestro servicio militar, la de nuestra boda o las de los exámenes o concursos en los que hayamos tomado parte. Ya se trate de fechas de acontecimientos políticos contemporáneos, de acontecimientos sociales importantes en nuestra vida; conservamos su recuerdo de la misma manera y por el mismo mecanismo. La importancia de un acontecimiento político hace que lo recordemos a menudo y repitamos su fecha. De igual manera nos encontramos constantemente invitados a proporcionar las fechas de nuestro matrimonio, de nuestro servicio militar o de nuestra promoción. Tanto en un caso como en otro acabamos por aprender y saber esas fechas de memoria, exactamente como las de los acontecimientos propiamente históricos que pertenecen a un pasado más o menos lejano. Sabemos las fechas históricas, más que por haberlas vivido o haber sido contemporáneos de ellas, por la importancia con que han sido consagradas por nuestro medio, importancia que ha hecho que las fijemos definitivamente en nuestra memoria. Nada más característico a este respecto que la fecha de nuestro nacimiento: es la que conocemos mejor entre todas las de nuestra biografía, sin que sea obstáculo para ello el que no tengamos de nuestro nacimiento absolutamente ningún recuerdo, circunstancia ésta que hace más bien de ella un acontecimiento histórico que personal. En fin de cuentas, lo esencial aquí es la manera como sabemos la fecha de nuestro matrimonio, la del armisticio, la de nuestro nacimiento o la de Waterloo, prácticamente identificadas para nosotros; y lo que determina la elección de estas fechas entre todas, por relación a los acontecimientos a que se refieren, es siempre la importancia que la colectividad les atribuye y que nos invita o nos obliga a atribuirles con ella.

Por otra parte, como ya hemos comenzado a indicar, nuestra vida se encuentra incesantemente mezclada con la vida de nuestro grupo, sin que por eso tengamos que tomar una participación directa, por medio de las conversaciones y la lectura de los periódicos que nos mantienen más o menos informados. Así se establece para nosotros una especie de paralelismo entre la existencia de la ciudad o del Estado y nuestra propia existencia, de tal manera que tales acontecimientos de la segunda responden a tales acontecimientos de la primera. Es en vano no haber sido testigos de estos últimos, no conocerlos sino de oídas, como conocemos la historia de Roma o de Grecia (las memorias más sinceras que conozco, las de Eliseo Reclus, relatan ante todo, no lo que él ha visto, sino lo que ha leído en los diarios); cómo estos acontecimientos que interesan a todo el grupo retienen de golpe la atención de todos los individuos que lo componen; cómo, aunque no hayamos sabido recordar su fecha, nos es particularmente fácil averiguarla, ya por nuestro propio esfuerzo, ya acudiendo al esfuerzo de otro, estos acontecimientos, repetimos, llegan a ser los centros y

puntos de referencia de nuestros recuerdos concretos. Yo concurré a un concurso general de física un lunes del verano de 1894, y lo sé porque el presidente Sadi Carnot fue asesinado en un domingo de ese año, y mi asistencia al concurso general fue al día siguiente. Para saber el mes y la fecha me basta consultar un diccionario. No sabría, no podría recordar todo esto si el presidente Carnot no hubiese sido precisamente asesinado aquel domingo. Buen número de nuestros recuerdos se sitúan, así, en nuestro pasado, gracias a la adherencia que los hechos correspondientes han contraído, a su hora, con acontecimientos políticos contemporáneos; y hay motivos para pensar que, si nuestro grupo no hubiese tenido historia, o si nosotros ignorásemos todo en esa historia, nuestra biografía perdería para nosotros mucho de su nitidez.

Finalmente, existe todo un conjunto de esquemas empíricos, procedentes en nosotros de las condiciones y las exigencias de la vida social, que contribuyen a asegurar el juego de nuestra actividad mental, en general, y de nuestra memoria, en particular. Hay tipos de existencia que varían de grupo a grupo, pero que, en el seno de cada grupo, conservan cierta estabilidad. En la actualidad nos basta saber que alguien es campesino, obrero, comerciante o politécnico, para poder afirmar gran cantidad de cosas sobre su instrucción, su educación, sus costumbres; sobre lo que ha sido sin duda su pasado y sobre lo que será probablemente su porvenir. Un antiguo politécnico es casi siempre oficial, ingeniero o industrial; es muy raro que sea médico o cartujo y muy excepcional que sea presidiario. De igual manera, las costumbres, los usos, los reglamentos de policía hacen que exista, para los contactos de las personas entre ellas y de las personas con las cosas, una manera normal de conducirse en la calle, en el comedor, en el teatro, en el campo. Tales esquemas, cuya relación con la vida social es tan evidente, jalonan las rutas de la memoria en todas direcciones. Ni uno solo de nuestros recuerdos escapa a su acción, ya sea en confirmación de la regla, consistiendo entonces menos en un retorno de lo que ha sido que en la comprobación de esa conformidad y en la reconstitución sistemática de lo que ha sido en función de la conformidad misma, ya sea, por el contrario, como excepción de la regla, consistiendo entonces su nitidez en la excepcionalidad misma: de las últimas veladas a que asistí en el Francés me acuerdo, sobre todo, de que la sala se encontraba como la he visto siempre; pero de las veces que he entrado en tal o cual café del *boulevard* recuerdo precisamente una en que un desconocido, sentado en una mesa vecina, infringió inopinadamente la costumbre de morir en la cama.

Ahora bien, los sistemas cronológicos, los hechos de la historia del grupo, los esquemas empíricos que contribuyen a precisar la figuración que nuestra memoria nos proporciona de nuestro pasado, ofrecen igualmente el triple carácter, propio a toda noción colectiva, de ser comunes a todos en el seno del grupo, de no deber su origen a la iniciativa siempre renovada de los individuos, y de ser tomados y recibidos por ellos de su medio. Sabemos que tras los términos a los cuales se ciñen nuestras descripciones no hay siempre

necesariamente cosas y que la memoria, incluso en el individuo, no es más que una frase que resume todo un conjunto de comportamientos, una función, si se quiere, suponiendo que una función no sea simplemente una metáfora cuando se ignora de ella el órgano o el agente. Teniendo en cuenta estas reservas, y después de lo que dejamos dicho, ¿no sería posible reconocer al grupo, como quiere Halbwachs, una especie de memoria, dotada de procedimientos mnésicos, que en su inmensa mayoría los individuos son incapaces de inventar por sí mismos, y rica de una experiencia a la amplitud de la cual ninguna experiencia individual puede alcanzar: memoria colectiva que constituye el medio del que nuestra memoria personal toma su continuidad y su consistencia; terreno estable sobre el cual han de apoyarse los recuerdos propiamente dichos para cobrar fuerzas y vida?

Por otra parte, estos recuerdos propiamente dichos son en su conjunto menos personales de lo que a primera vista parece. Rara vez los encontramos en el aislamiento y la soledad. Generalmente, nuestra vida se encuentra mezclada a las de los que nos rodean, padres, amigos, camaradas, superiores, inferiores, relaciones e incluso encuentros ocasionales. Está hecha de relaciones materiales y, más aún, morales. Cuando nos encontramos aislados nuestra soledad es, en efecto, mucho más aparente que real, pues nuestras reflexiones o nuestros pensamientos nos mantienen siempre en contacto con un medio humano real o ficticio debido a nuestro contorno presente o a cualquiera de nuestros contornos pasados, o bien creado sobre la marcha al grado de nuestras fantasías. Por una consecuencia natural, nuestros recuerdos están relacionados ante todo con situaciones en las cuales han tenido intervención otros hombres más o menos cercanos a nosotros. Estos recuerdos nos relacionan, pues, siempre con un grupo definido, con un momento definido de su existencia y de su organización: son, por ejemplo, recuerdos de familia, de colegio, de universidad, de ejercicio profesional, incluso de viaje, si viajar no es, en cierto modo, escapar momentáneamente al medio habitual para ir a engrosar, por fugitivamente que ello sea, otros grupos nuevos y diversos. Como tales, es excepcional que estos recuerdos nos sean exclusivamente propios: generalmente nos son comunes con padres, amigos, camaradas, viajeros, no solamente de derecho, sino de hecho. Hay que tener en cuenta que, de la existencia compartida con nosotros, los interesados en ella retienen en general los mismos hechos y conservar, por consiguiente, los mismos recuerdos. Por ejemplo, el de los dos Tharaud que pasó por la Escuela Normal ha reunido en *Nuestro querido Péguy* todo un conjunto de recuerdos relativos a la vida normalista, tal como era alrededor de 1897. Si sus camaradas nos comunicaran a su vez sus recuerdos sobre la misma época, podrían no abrigar sobre los hombres y las cosas los mismos sentimiento que él, pero sus relatos serían materialmente poco más o menos idénticos al suyo. El hecho de asistir a los mismos acontecimientos, de frecuentar los mismos hombres, de contrastar en torno a esos hombres, ya esos acontecimientos, ya sus entusiasmos y sus cóleras, obliga a los individuos a seleccionar de concierto su

experiencia común, volviendo sin cesar sobre los mismos puntos, impregnando en ellos sus corazones y sus inteligencias, aprendiendo así de memoria los unos de los otros los temas esquemáticos cuyo conjunto representará después para cada uno de ellos el período correspondiente de su vida y en el que todos, al evocarlo, se harán la ilusión de hallar otros tantos recuerdos personales.

Así, por una parte, es excepcional que seamos únicos al guardar el recuerdo de un acontecimiento, siendo lo corriente, por el contrario, que seamos muchos los interesados en su conservación; lo propio de los recuerdos es el ser comunes a un grupo más o menos limitado. Por otra parte, los recuerdos que más asaltan nuestro espíritu son los recuerdos más generalmente tenidos, los recuerdos de los cuales hemos adquirido la costumbre a fuerza de repetirlos y cuya utilización ha llegado a sernos maquinal, automática, por decirlo así, tan pronto como las circunstancias los hacen suyos y nos sirven, por ejemplo, para caracterizar un período de nuestro pasado o justificar una aserción. Los recuerdos exclusivamente personales, en los que se encuentre evocado por primera y última vez un acontecimiento único, son realmente rarísimos.

Además de que, ¿cuáles son de tales recuerdos los que constituyen cosas radicalmente individuales? A pesar de las apariencias, parece que ninguno. Por una parte, por brusco que sea el asalto a la memoria del recuerdo de un acontecimiento en el cual sólo nosotros hayamos sido testigos o actores y haya permanecido hasta entonces arrinconado en el olvido, este recuerdo aparece de golpe subjetivamente fechado en el sentido de la zambullida que más o menos hacemos con él hacia atrás; pero este sentimiento de lejanía no se contenta, para espíritus como los nuestros, con la apreciación cronológica de la lejanía misma, en la que vemos una especie de prefiguración insuficiente. En tal caso, sentimos la impaciencia de precisar la fecha efectiva del acontecimiento de modo que podamos verificar objetivamente la impresión del retroceso, y si no logramos localizar así nuestro recuerdo, el recuerdo se nos aparece como algo incompleto, confuso e irritante. Así, pues, fechar un recuerdo para completarlo es situarlo en el marco cronológico impersonal utilizado por el grupo y descubrir las adherencias que el acontecimiento correspondiente ha contraído, a su hora, con los otros acontecimientos susceptibles de proporcionar su situación en el tiempo y que interesan más o menos a la vida del grupo. De esa manera, siempre que hallemos su fecha, y no podemos obrar de otro modo que, buscándola, los recuerdos más personales en apariencia se nos revelan penetrados por la experiencia colectiva. Por otra parte, el acontecimiento del cual nos acordamos puede, en efecto, haber sido único, más así y todo no habremos dejado de percibirlo con el auxilio de esos marcos genéricos colectivos que hemos estudiado en el capítulo precedente<sup>3</sup> y con respecto a los cuales han sido ordenados y clasificados los detalles. No hay paisaje en el mundo semejante exactamente al que contemplamos tal día, a la vuelta de tal sendero; pero todos

<sup>3</sup> "La percepción", es el capítulo al que se alude. Nota de los editores.

los paisajes, no obstante, están compuestos de cielo, de tierra y de aguas, de arena, de roquedos, de cañadas, de montañas y de llanuras, de bosques, de praderas y de landas, de árboles y de plantas, de casas y de cabañas, de hombres y de animales. En presencia de todo paisaje, nuestros ojos, al mismo tiempo que abarcan el conjunto, notan, reconocen, denominan, por decirlo así, los elementos familiares de que está formado. Paralelamente, en nuestros recuerdos intervienen objetos y personas que han figurado en otras ocasiones de nuestro pasado y que los desbordan, por consiguiente, por todos lados. Como su percepción, el recuerdo es un acontecimiento constituido por un conjunto único, pero con un gran número de detalles que le son comunes con otras de nuestras percepciones y de nuestros recuerdos. Todo recuerdo, como la percepción que él supone, es un conjunto, una agrupación original de imágenes esquemáticas, representativas de tal tipo de individuos o de tal individuo en particular; especie de fichas de conocimiento, grabadas en nosotros, como hemos visto, en el rincón de la colectividad.

Un conjunto tal de consideraciones nos coloca en el trance, si no de aceptar, al menos de comprender la posición adoptada por Halbwachs para definir la naturaleza del recuerdo. Según él, nuestros recuerdos personales, en la precisión de sus detalles y de su fecha, no se conservan almacenados en cualquier sitio para reaparecer tales como son en la conciencia. En realidad, para acordarnos partimos de nociones y de conocimientos comunes a los grupos a los cuales pertenecemos o hemos pertenecido, de marcos experimentales establecidos y asegurados por esos grupos, a fin de reencontrar lo que hemos sido o lo que hemos hecho o visto, operación que se realiza en el seno de los marcos sociales por medio de una conjunción original de conocimientos y de nociones colectivas. Nuestros recuerdos no son reproducciones, sino reconstituciones y reconstrucciones del pasado en función de la experiencia y de la lógica colectivas. Cada uno de los acontecimientos de nuestra vida, y correlativamente la evocación que de ellos hagamos, está implícitamente contenido en la noción del medio en donde ha tenido lugar: se desarrolla en cierto modo con sujeción a condiciones que la colectividad ha reconocido y definido. La experiencia pasada, como la experiencia presente, se consigue a través de los marcos y de las nociones que nos han sido suministrados por la colectividad. Como la percepción genérica, el recuerdo propiamente dicho es el acto de una inteligencia socializada que opera sobre datos colectivos.

La tesis de Halbwachs conduce a dos afirmaciones esenciales: el recuerdo es, no una reproducción, sino una reconstrucción del pasado; esta reconstrucción se realiza por medios que debemos a la vida en común. La primera de estas afirmaciones coincide con la opinión de filósofos poco sospechosos de fanatismo sociológico. Nos dice Brunschvieg:

Es indudable, que cuando renunciamos a la acción para retornar hacia lo que ha sido, parece como si adoptásemos una actitud inversa que restablecerá la

primacía de la representación, ofreciéndonos nuestro pasado bajo la forma de un cuadro que sería objeto de intuición. Pero esto no es absolutamente cierto sino por la inconsistencia y débil duración adheridas en cierto modo a la actualidad de mi conciencia presente. Más allá, y aparte de los hechos excepcionales que han alcanzado, en razón de nuestros intereses y de nuestras emociones, importancia de acontecimientos históricos, la memoria nos abandonaría velozmente si no fuese más que conmemoración pasiva. En realidad, se acompaña de un trabajo retrospectivo de organización, para el cual, tanto como para la sistematización del porvenir en vista de la acción, aparecen, tensos y laboriosos, todos los resortes de la actividad intelectual.

Precisando aún más el concepto, el mismo autor añade: "Somos nuestro propio juez de instrucción; y cuando creemos limitarnos a interrogar nuestro pasado, completamos la respuesta y nos lo reconstruimos". Hasta llegar, por fin, a la fórmula por medio de la cual Poincaré explicaba nuestra manera de conocer no sólo nuestra propia historia, sino la del universo: "Adivinamos el pasado como adivinamos el porvenir".

Pero, además, en sus dos partes, la tesis de Halbwachs encuentra en la evidencia de ciertos hechos un apoyo por demás impresionante.

Es evidente, en primer término, que nuestros recuerdos varían, se acentúan, se transforman o desaparecen según los grupos a los cuales pertenecemos sucesivamente. Mientras vivimos en el seno de un grupo, nuestras pasiones, nuestros intereses nos obligan a mantener frescos en nuestro espíritu los hechos de su vida, de la vida de sus miembros y de la nuestra, y evocarlos oportunamente y con pleno conocimiento: el olvido de ellos podría acarrearnos, en nuestras actividades sociales, profesionales o mundanas, las peores consecuencias y hacernos pasar bien pronto por incapaces o torpes. Una vez abandonado el grupo, comenzamos a desembarazarnos del conjunto de recuerdos que se habían constituido en nosotros a su uso, y la velocidad con la cual nos desembarazamos de ellos es inversamente proporcional al tiempo durante el cual hemos formado parte del grupo: los que durante la guerra han sido traídos y llevados de formación en formación saben bien lo que esto significa. El encuentro con un antiguo camarada "refresca" por un instante los recuerdos correspondientes al período vivido en común y al grupo del que ambos hemos formado parte, hasta el día en que el instante en que hemos pertenecido al grupo está tan lejano, o nuestro apartamiento por lo que a él se refiere es tan absoluto, ha sido consagrado por un olvido tan durable, que los rostros otrora familiares no nos dicen exactamente nada. La desgracia aquí consiste en que esta desaparición radical de los recuerdos no se produce en todos los interesados con un exacto sincronismo y que muchas personas, de las cuales no recordamos nada, se obstinan desesperadamente en reconocernos. Incluso cuando nuestros recuerdos subsisten sucede con frecuencia que la experiencia adquirida y los medios por los cuales hemos atravesado los modifigan y los transforman de modo más o menos

perceptible. El profesor conserva, en general, de su vida de estudiante un recuerdo totalmente doctoral. La *laudatio temporis acti* que implica una transformación semejante es impuesta a los ancianos y a veces también a los hombres maduros, menos por la edad que por la dificultad creciente que experimentan ante la comprensión de las nuevas condiciones sociales, de orden material o moral, a las que las generaciones que les siguen se adaptan naturalmente porque no han conocido otras. La riqueza, la precisión de nuestros recuerdos parece ser obra, al menos en parte, del ambiente colectivo en el cual vivimos y, a través de él, de los ambientes colectivos en los cuales hemos vivido anteriormente y cuya influencia permanece tanto más marcada cuando fue más durable y más penetrante.

Tampoco es menos evidente que lo mismo que a menudo nos asaltan recuerdos sobre los cuales nos esforzamos en precisar su fecha, es frecuente también el caso de que partamos de una fecha para evocar los recuerdos relacionados con ella. Son dos modos distintos del espíritu que presentan por igual una utilidad práctica. Constantemente tenemos necesidad de saber cuándo hemos visto, dicho o hecho tal cosa; pero también es corriente el que tengamos precisión de saber qué cosa hemos visto, dicho o hecho en tal o cual momento. Ahora bien, para preguntarnos qué hacíamos nosotros en 1925, en mayo último o el domingo hizo quince días, nos es absolutamente necesario conocer el mecanismo y poseer el manejo del sistema cronológico donde están comprendidos los domingos, los meses de mayo y los años a partir de Jesucristo. Este tipo de cuestiones, que nos es tan familiar, no sería directamente inteligible para un hombre que no dispusiera del mismo sistema cronológico. Sería radicalmente ininteligible para el que no dispusiera de ninguno al que poder referir la transposición indispensable. Esta comprobación es doblemente interesante. En primer lugar, no procedemos aquí del recuerdo a su fecha y del cuadro al marco, sino de la fecha al recuerdo y del marco al cuadro. No evocamos el recuerdo sino por llenar el marco, y no tendríamos prácticamente recuerdo si no hubiese marco que llenar con él. La existencia del marco es, pues, la primera condición eficaz del recuerdo. En segundo lugar, es evidente que el marco no es obra de nuestra experiencia personal, sino de la experiencia colectiva. Por espontánea y natural que nos parezca, por habitual que nos sea, la manera como nuestra memoria procede en semejante caso implica, en efecto, la intervención necesaria de la colectividad, ya que ni siquiera sería concebible si no tuviéramos conocimiento, tomado del medio que nos rodea, de los días de la semana, los meses y la sucesión de los años.

Por otra parte, es también evidente que el conocimiento que tenemos de nuestro pasado está hecho, a la vez, de recuerdos propiamente dichos y de lo que podemos denominar conocimientos.

Entre estos conocimientos comprendemos, en primer término, la noción de los hechos de interés para nuestra familia, nuestros amigos, nuestras relaciones, nuestros conciudadanos, nuestro grupo, acaecidos durante nuestra vida, sin que

por ello hayamos sido ni sus agentes ni sus testigos, y los cuales han llegado hasta nosotros a través de conversaciones o de lecturas, inmediatamente de sucedidos o después de algún tiempo. Cuando más interesantes hayan sido los acontecimientos para nuestro medio, más han resonado en él y suscitado emociones. La incorporación a nuestra propia historia arranca del hecho de esa resonancia, en proporción a las emociones suscitadas y cuyo recuerdo permanecerá en lo sucesivo adherido a nosotros. No existen hiatos en nuestra conciencia entre lo que hemos visto y oído por nosotros mismos y lo que solamente sabemos haber visto y oído. De esa manera, nuestra existencia personal desborda en el espacio el marco que le ha sido estrictamente asignado. También lo desborda en el tiempo. Los funerales de Luis XIV pertenecen para mí a un pasado que sé perfectamente que no es el mío. Pero el retorno de las cenizas de Napoleón, hecho también anterior a mi nacimiento, me ha sido en mi infancia tantas veces contado por mi padre que ya no le sitúo en el mismo pasado: el conocimiento que tengo de él, y que debo a los recuerdos de mi padre ha conservado algo de su calor. Algunos dementes seniles, que no verifican las correcciones de que yo soy aún capaz, reproducen como recuerdos personales el relato de acontecimientos a los cuales, habida consideración de las fechas, sólo sus padres pudieron asistir.

Más entre los objetos de nuestros conocimientos, los más interesantes para nosotros son tal vez los hechos que han pertenecido a nuestra propia experiencia, de los cuales hemos adquirido personal conocimiento, de los que hemos sido actores o testigos; pero de los que no sabemos sino que han tenido lugar porque es necesario, empíricamente, lógicamente, que hayan tenido lugar en efecto. La experiencia, el buen sentido exigen que, desde el instante en que he cursado mis estudios en el liceo haya ido al liceo una primera vez. Admito, pues, mejor dicho, *sé*, pues, que hubo un día en que fui al liceo por primera vez. Mas lo cierto es que de esta primera vez que fui al liceo no he conservado absolutamente ningún recuerdo. Solamente, a fuerza de frequentar, más tarde, el liceo, he acabado por saber de memoria la manera como está construido y distribuido, el detalle de su disciplina, los nombres y los rostros de mis profesores y mis camaradas; y he dicho saber de memoria porque no son éstos recuerdos propiamente dichos, sino acumulaciones de experiencias que se refieren a un período determinado de mi vida y no a sus momentos sucesivos. También he tenido ocasión de leer cuales son habitualmente los sentimientos de un niño el día en que llega por vez primera al liceo. Dispongo, pues, de todos los elementos necesarios para operar de mi primera jornada en el liceo una reconstitución plausible, verosímil, hacia la cual me sentiré inclinado como si fuera auténtica, ya que ella no chocará ni con mi propia experiencia ni con la experiencia común. El saber abstracto del cual he partido, la noción que se me imponía lógicamente, consistente en la certeza de haber asistido una primera vez al liceo, agrandada por todos los conocimientos que la experiencia me permite y me impulsa a relacionar con ella, acabará por adoptar a los ojos de mi conciencia figura de recuerdo.

Salta a la vista que el conocimiento que tenemos de nuestro pasado está hecho, en efecto, de la mezcolanza de tales conocimientos y de recuerdos propiamente dichos. De los diez años pasados en el liceo conservo un amasijo de recuerdos discretos, evoco gran número de escenas dispersas en las cuales mis camaradas y yo hemos tomado parte. Mas al ordenar estos recuerdos y estas escenas se echa de ver que no son suficientes para llenar diez años, que se suceden con intervalos más o menos cerrados, que no hay, en general, entre ellos continuidad ni empírica ni lógica. Si entre los momentos así directamente conocidos de mi vida de liceo interpongo, en efecto, toda una serie de momentos más o menos fáciles de reconstituir, que aseguren a los precedentes la continuidad de cuya falta adolecen, es porque sé que he pasado diez años en el liceo, y si lo sé es gracias menos a mi experiencia personal, ya que ella sólo me proporciona el conjunto de recuerdos dispersos de que acabo de hablar, que a esta regla empírica, impuesta tanto a la experiencia de otro quanto a la mía, y que determina que cuando una masa de recuerdos se refiere a los mismos lugares, ocupa una parte más o menos extensa de nuestra vida, es señal de que hemos pasado en tales lugares ese período entero de nuestra vida y, en el caso particular, que si entre los recuerdos de sus diez a sus dieciocho años un hombre posee una serie de recuerdos relacionados con intervalos más o menos regulares a un mismo establecimiento escolar, es señal de que ha hecho allí sus estudios.

En la noción de nuestro pasado, la mezcla de los recuerdos propiamente dichos y de los conocimientos es tan compacta, que en ciertos casos somos incapaces de reconocer si, en efecto, tenemos que habérnoslas con conocimientos o con recuerdos. Cuando en 1887, por ejemplo, el general Boulanger fue nombrado comandante del Cuerpo de Ejército de Clermont-Ferrand, una parte de la población parisina quiso oponerse a su partida, y entre otras manifestaciones de esta voluntad, las casas de la calle de Lyon, que el general debía recorrer hasta llegar a la estación cuando abandonase París, aparecieron, desde el primero al último piso, cubiertas de carteles que proclamaban que no partiría. Yo recorrió entonces esta calle dos veces por día para ir y venir al liceo: por consiguiente, es humanamente seguro que vi, con mis propios ojos, estos carteles. Pero su existencia me es también conocida: en aquel momento, por los periódicos; más tarde, por mis lecturas. Así que, cuando me pregunto hoy sobre el particular, me es absolutamente imposible determinar si es que me *acuerdo*, en efecto, de haberlos visto, o si es que *sé*, solamente que han estado expuestos, de la misma manera que sé que durante el reinado de Francisco I hubo un Proceso de los Pasquines. Cuando pienso en esos carteles, ¿los veo realmente como mis ojos de niño los contemplaron sin duda, o es sólo que auxiliado por el conocimiento que tengo de la calle de Lyon y de la manera como tales carteles fueron hechos y expuestos, reconstituyo simplemente una visión en realidad completamente desvanecida hoy en mi memoria propiamente dicha? En verdad que lo ignoro, tanto más cuanto más me interrogo.

Así pues, entre lo que llamamos nuestros conocimientos y nuestros recuerdos propiamente dichos no hay solución de continuidad, y nuestros conocimientos, al entremezclarse, acaban por tener figura de recuerdos. ¿No es, entonces, tentador admitir que nuestros recuerdos propiamente dichos se reconstituyen igualmente a partir de nuestros conocimientos? En el primer caso, cuando los conocimientos vienen a convertirse en recuerdos, el proceso mental sería acompañado de esfuerzo, sería más o menos voluntario y quedaría, por consiguiente, más o menos consciente de él y de su propio carácter. En el segundo caso, cuando interviniéran recuerdos propiamente dichos, el proceso mental debería a su espontaneidad inmediata, a su automatismo, el descubrir a la conciencia el secreto de su progreso. Pero en uno y otro caso, el proceso mental sería el mismo, y esta identidad hallaría su confirmación en la imposibilidad radical en que nos encontramos a veces para reconocer si el conocimiento que tenemos de nuestro pasado está compuesto de recuerdos propiamente dichos o de conocimientos organizados en recuerdos.

Veamos, por ejemplo, lo que sucede cuando me pregunto qué hacía yo en 1905. Me remito enseguida a uno de esos datos biográfico-históricos que figurarán en mi esquela de defunción y que he acabado por saber de memoria y por tener siempre a mi disposición, tanto me he visto obligado a repetirla o escribirla: la fecha de mi tesis de medicina pasada en junio de 1906. Una vez en posesión de esta señal, parto al descubrimiento de mi pasado orientándome conforme a los hilos conductores que me proporcionan las reglas empíricas y sociales que necesariamente han determinado mi vida. Para pasar una tesis de medicina es preciso haberla escrito y hecho imprimir, es preciso haber sufrido ciertos exámenes y cumplido determinadas condiciones. De este modo, si puedo llenar el año de 1905 de un número creciente de acontecimientos relacionados conmigo es porque sé que soy doctor en medicina, que pasé mi tesis en 1906 y que durante el año anterior mi vida no pudo ser sino un caso particular, un ejemplar de un tipo de existencia común a millares de personas en todas las Facultades de Francia, conforme a los reglamentos en vigor.

En estas condiciones viene a ser verosímil que, en efecto, como quiere Halbwachs, nuestros recuerdos propiamente dichos sean, no reproducciones de acontecimientos de nuestra vida pasada, sino reconstituciones o reconstrucciones irrealizables al margen de la vida social. Pues tantas pruebas convergentes nos dejan en su análisis la firme impresión de que nuestra memoria histórica se resuelve, por decirlo así, en conocimientos que somos incapaces de alcanzar y de utilizar por nuestro propio esfuerzo, ya que son marcos y nociones que la colectividad nos suministra y nos impone, que aseguran en ella su fijeza y coherencia, regulando para nosotros constantemente su empleo.

Sin embargo, esta negación y esta socialización del recuerdo tropiezan con dificultades y objeciones no menos evidentes que las pruebas que acabamos de aducir en su apoyo.

Partiendo de los datos de la experiencia colectiva para reconstituir nuestro pasado, nos sería posible operar muchas reconstrucciones igualmente verosímiles, entre las cuales tendríamos la posibilidad de elegir y, por lo tanto, de dudar. Ahora bien, es corriente realizar de todas estas reconstrucciones posibles solamente una, la cual se nos aparece como respuesta a lo que, en efecto, pasó en otro tiempo. ¿Por qué elegimos espontáneamente esta reconstrucción con preferencia a todas las otras? ¿Qué razones tenemos para reconocerla de golpe como verdadera? Es preciso, que haya algo que determine nuestra elección espontánea y sea garantía de su exactitud. Volviendo al ejemplo en cuyo desarrollo nos encontrábamos, el reglamento de los estudios médicos exigía que antes de pasar mi tesis hiciese unas prácticas de partero, y era corriente, entre los estudiantes de entonces, que estas prácticas se llevasen a cabo en las clínicas a cargo de Pinard o de Budin. Podemos pues, admitir, que las reglas del grupo a que entonces yo pertenecía me proporcionan el recuerdo de unas prácticas realizadas con Pinard o con Budin. Pero si, llegando a este punto, hablo sin cavilar de mi pasantía con Pinard, me habrá sido preciso invocar todas las circunstancias sociales que me condujeron hasta él, y, por este camino, tropezar con algún recuerdo propiamente dicho de una experiencia personal que, sobrevenido a la sazón, haya especificado y concretado la reconstrucción de mi pasado.

Por otra parte, disponemos de cierto número de recuerdos espontáneos que tienden a buscar un lugar en nuestra biografía, en vez de nacer de la necesidad de llenar en ella una laguna. Por ejemplo, vuelvo a ver confusamente, en una noche de verano, después de unos fuegos artificiales, en una calle que me parece desierta y negra, un rapazuelo con las piernas al aire caminando delante de sus padres, y al que un perro que ladra pone en gran espanto. El muchacho soy yo, y los padres son mis padres. No ignoro, en primer lugar, que tales recuerdos tienen algo de consuetudinario: nos referimos a ellos como especies de ejemplares caprichosamente escogidos entre las que fueron nuestras emociones infantiles. Tampoco ignoro, en segundo término, que de todos esos recuerdos son éstos precisamente los más difíciles de concretar en el tiempo; pero sin que dejen de presentar por eso una especie de retroceso conmovedor que representa afectivamente su fecha y que los hace retoñar en el pasado de manera distinta de cómo lo haría el enunciado de su año, mes y día. No sabemos exactamente su lugar en el pasado anónimo; pero los sentimos fuertemente en nuestro propio pasado. Finalmente, todos los elementos de la escena que acabo de evocar pertenecen a la experiencia de todo el mundo: nada más fácil que imaginarla y reconstruirla con su ayuda. Pero ¿de qué marcos, de cuáles datos partiría yo para reconstruirla en efecto y para ponerla a mi cuenta? Ni siquiera sé en dónde ni cuándo tuvo lugar; apenas si presumo que fue en el décimo segundo distrito y en un 14 de julio<sup>4</sup>, conjeturas éstas por lo demás añadidas de golpe. Solamente

<sup>4</sup> Fecha de la toma de la Bastilla que marca el comienzo de la Revolución Francesa. Nota del traductor.

ataña directamente a mi pasado. Por otra parte, entre los miedos de mi infancia, no es ella de las que su recuerdo provocaba la risa de mis padres. Con los marcos y los conocimientos que solicitan y permiten el recuerdo de tantas otras no parece que la evocación hecha aquí tenga ninguna adherencia que haya permitido y permita aún provocar su reconstitución. Si en verdad existen tales recuerdos es necesario, pues, dejar su lugar a una memoria que sería reproducción del pasado. Por consiguiente, las investigaciones semejantes a las de Halbwachs nos invitan con justa razón a disminuir en la memoria la parte de la intuición sensible y de su persistencia bajo una forma y por un mecanismo aún desconocidos, pero no podrían autorizarnos a eliminarlas por entero. No habría memoria si algún reflejo de las intuiciones sensibles iniciales, cuyo carácter es enteramente personal, no llegase a entrar de nuevo en la conciencia.

Sucede en la memoria como en la percepción. La intuición sensible es la condición *sine qua non* de la percepción: pero, como hemos visto, las intuiciones sensibles no se organizan plenamente en percepciones sino gracias a un conjunto de nociones genéricas, a una visión del mundo y de la experiencia que debemos a la colectividad. De la misma manera, la persistencia de las intuiciones sensibles, por naturalmente enigmática que sea, es la condición *sine qua non* de la memoria. Mas esta persistencia no nos provee de recuerdos propiamente dichos, humanos en el sentido pleno del término, determinados, localizados y fechados, sino gracias a los marcos y a las reglas que la colectividad nos proporciona y a las cuales deben nuestros conocimientos su consistencia. En el fondo es la aportación colectiva quien nos permite aprehender lo real y reconstruirlo después, una vez que ha desaparecido.

A la luz de la teoría sociológica de la memoria así rectificada, muchos hechos de la experiencia corriente no son más inteligibles.

Las singularidades de nuestros recuerdos de la infancia han sorprendido siempre a los observadores. Tomaremos aquí en consideración la rareza, la discontinuidad y el desorden. En efecto, solamente a partir de cierto momento nuestro pasado y nuestros recuerdos presentan para nosotros en su conjunto esa continuidad regular anteriormente considerada. Ese momento se encuentra evidentemente determinado por ciertas condiciones fisiológicas, cuya importancia no puede ser desconocida. Según Binet y Simon, el niño normal no se encuentra capacitado hasta los ocho años para saber la fecha del día, lo cual no quiere decir, ni mucho menos, que a esa edad el manejo abstracto y lógico de nuestro sistema cronológico no tenga ya secretos para él. Pero la fijación de este momento obedece a causas sociales, además de lo en él atribuible a las condiciones fisiológicas, se encuentra frecuentemente determinado por el primer contacto con un ambiente social que rebasa el círculo de la familia: la entrada al liceo, por ejemplo. Hasta entonces la vida del niño es enteramente familiar. Se desarrolla en un espacio limitado, en el que la casa paterna es el centro natural, la cual engloba en su entorno los parajes de sus paseos y se pierde más allá en una especie de nada que no materializa ni objetiviza ningún conocimiento, y en

un tiempo en el que riman solos, sin medirle ni ordenarle con precisión, los acontecimientos que han entrustecido o alegrado a la familia. Cuando papá vivía aún, cuando Cuqui hizo su primera comunión, cuando Biquete estuvo enfermo: he ahí como se fecha en familia y con los niños. Los adultos saben al mismo tiempo el año en que papá murió, o Cuqui hizo su primera comunión, o Biquete estuvo enfermo, saben los acontecimientos políticos o sociales que acaecieron en la misma época: la vida de fuera penetra por doquiera su vida y la vida de los suyos. El niño no sabe nada de esto y su vida se encuentra aislada en la vida familiar. Es así como de la única enfermedad infantil, anterior a mi entrada en el liceo, de que conozco la fecha, es mi escarlatina, porque comencé precisamente a padecerla el día en que oí en la calle de Rivoli a los vendedores de periódicos gritar la muerte de Víctor Hugo, que sumió a París en una emoción formidable. Así, pues, tuve la escarlatina en 1885. Pero si lo sé es gracias a una coincidencia que, fortuita en el niño, es regla general en los adultos. Normalmente no existen fechas para los acontecimientos de nuestra primera infancia, porque los situamos imperfectamente en relación con los acontecimientos solamente fechados para los adultos que nos rodean, y cuyo orden de sucesión es para nosotros impreciso e incierto. Así, pues, cuando ya adultos y en posesión de nociones y marcos colectivos, a partir de los cuales intentamos el descubrimiento de nuestro pasado, queremos reconstituir nuestra infancia, tropezamos con dificultades insuperables, en las que ni los marcos ni las nociones nos sirven de nada en la compilación de los acontecimientos que han sido vividos independientemente de ellos y que, por consiguiente, no pueden ser iluminados con su luz. Ello explica cuán precarios y escasos son nuestros recuerdos de infancia. Los procedimientos mnésicos que debemos a la colectividad y que nos permiten establecer en todas direcciones la cadena de nuestros recuerdos, no concuerdan con este periodo de nuestra vida en el que aún no hemos nacido a la inteligencia socializada. Los recuerdos de infancia tienden a la reproducción espontánea de las intuiciones sensibles, de las cuales estamos bien lejos de percibir el misterio. Contribuyen a probar su existencia y muestran al mismo tiempo su insuficiencia para asegurarnos el conocimiento de nuestro pasado en su continuidad y en su orden.

La memoria de los hombres varía en sus formas según su condición social. Para el campesino lo interesante son las estaciones en las cuales tiene que dedicarse a determinados trabajos y los años de buenas o malas cosechas. Un funcionario ingresa en la administración a los 25 años, para jubilarse a los 60. A estas dos edades corresponden dos fechas y entre estas dos fechas se inscriben los ascensos regulares, los cambios de residencia que suponen igualmente otras tantas fechas y que la preocupación por el porvenir y la redacción de los correspondientes documentos administrativos hacen que se sepan de memoria. Para los recuerdos del funcionario todas estas circunstancias significan otros tantos hitos cronológicos fijados y ordenados con referencia a ellas, y si el funcionario emprende el relato de su vida, este relato adquirirá merced a la existencia de esos hitos, una continuidad y una plenitud al menos aparentes.

Cuando un hombre puede decirnos lo que ha sido y donde ha estado, año por año y mes por mes, nos inclinamos a juzgar su memoria como excelente. Mas si, como yo he tenido muchas veces ocasión de comprobar, preguntáis a un joven obrero o a un joven campesino a punto de terminar su servicio militar que ha hecho a partir de su salida de la escuela, es decir, después de la edad de los 12 a los 14 años, lo más seguro es que, con los datos que os suministrará, no os sea posible llenar los siete u ocho años transcurridos hasta su entrada en el regimiento. Os dice haber estado tantos meses o tantos años de aprendiz aquí y de obrero allá; pero si verificáis la suma, os encontraréis muy lejos de haber encontrado su total. Tomad, por el contrario, a un estudiante en las mismas condiciones: él sabe que de los 10 a los 18 años estuvo en el liceo, donde, anualmente, pasó a una clase superior, después de lo cual siguió durante dos años los cursos en una facultad. Tal clase estaba a cargo de tal profesor, el profesor tenía tal edad, y eso era en tal o cual año. En su relato, su vida, jalona de hitos cronológicos y de sus conexiones empíricas y lógicas, es evocada gracias a la sistematización colectiva de los cursos escolares con una continuidad que el campesino y el obrero no pueden dar a la suya. ¿No constituye esto un ejemplo bien elocuente del papel de los marcos colectivos, si no en la reconstrucción, al menos en la evocación de los recuerdos?

Esta misma confrontación del joven obrero y del estudiante nos invita al mismo tiempo a hacer entre la organización y la riqueza de la memoria una distinción necesaria. Puede poseerse una abundancia de recuerdos concretos sin tener por ello una memoria histórica propiamente dicha, es decir, sin disponer de la capacidad necesaria para agruparlos en una relación ordenada que proporcione al oyente la impresión de una biografía continua y completa. Se puede, por el contrario, hacer de la vida un relato satisfactorio por su continuidad cronológica y su verosimilitud empírica, olvidando radicalmente en él la mayor parte de esos incidentes que confieren a los diversos acontecimientos de nuestra existencia su originalidad y su color. La precisión de los recuerdos ofrece, pues, en realidad, un doble sentido. Nuestros recuerdos pueden parecer precisos por la seguridad con la cual se conformen a las exigencias de nuestra experiencia y de nuestra lógica, por la coherencia continua que se establezca entre ellos y los hitos colectivamente consagrados, incluso para los que no nos proporcionan sino referencias vaguísima; pero pueden serlo también por la abundancia de informes que nos suministren sobre un acontecimiento particular de nuestro pasado, aun en el caso de que sitúen insuficientemente este acontecimiento en nuestra vida y en la vida colectiva. Volvemos, pues, a encontrarnos con la oposición de la memoria socializada de reconstitución y de la memoria espontánea de reproducción, y en la cual parece que la proporción varía en cada individuo no sólo en razón de su condición social, sino también en la de su constitución fisiológica.

Sabemos el problema que plantea la memoria afectiva y cómo su existencia ha sido negada por los unos y afirmada por los otros. Mas es curioso comprobar

que ella sola, entre todas las formas de la memoria, ha sido puesta en tela de juicio. Esa clase de memoria aparece como la más individual y sus manifestaciones escapan frecuentemente a la influencia de los procedimientos mnésicos que poseemos de la colectividad. Los recuerdos llamados afectivos surgen espontáneamente, de una manera por completo inesperada, y son tal vez los que, representando para nosotros el retroceso más emocionante, se muestran en general como los más rebeldes a toda precisión de fecha. El haber sido puestos en duda, ¿no será en parte por efecto de las exigencias de la memoria socializada, que tiende a pretender que no existen más recuerdos verdaderos que aquellos de los cuales somos permanentemente dueños y a los cuales nos resulta lícito asignar sitio y papel preciso en nuestro pasado?

Por último, nuestros recuerdos no pueden ser modificados a voluntad. Presentan una especie de objetividad interna que les opone a la vez a la plena exterioridad de la percepción y al capricho arbitrario de la imaginación pura. Este carácter es debido a la exigente persistencia de las intuiciones sensibles, sujetas después, sin embargo, a extraordinarias deformaciones, el estudio de cuyo testimonio ha suministrado abundantes pruebas: es excepcional, por ejemplo, que recordemos exactamente el color de los ojos, del pelo, de los vestidos de las personas encontradas una o muchas veces. Este carácter es debido también a la objetividad de los marcos y de las nociones con cuyo auxilio reconstituimos nuestros recuerdos, en cierto sentido independientes de nosotros, puesto que nos vienen de fuera. No somos los dueños de esta reconstrucción que se opera en nosotros conforme a las reglas comunes a todos y válidas para todos, según las cuales se contrastan, por así decirlo, nuestros recuerdos y los ajenos. Es verdad que la existencia de estas reglas contribuye al mismo tiempo a deformar nuestros recuerdos, ya que es frecuente que si cerramos los ojos por un momento a lo que se las opone, ellas nos impiden después comprenderlo en nuestra reconstitución. Preciso es, por ejemplo, ser un profesional para advertir en el relevo de la guardia que el número cinco de la segunda fila ha olvidado una parte de su correaje y, por consiguiente, poderse acordar de ello. Mas este carácter se debe, tal vez, sobre todo, a esa exigencia de la colectividad que, para la seguridad de las relaciones entre los hombres, quiere que sus recuerdos sean exactos. Una vez operada la reconstrucción de un acontecimiento de nuestro pasado, no nos sentimos con derecho para cambiar nada en él, pareciéndonos que nuestro deber consiste en atenernos al resultado obtenido. El empecinamiento que ponemos en afirmar la fidelidad de un recuerdo es debido menos, quizás, a la resistencia que él opondría a las modificaciones que intentásemos introducirle, que al sentimiento de eso que la colectividad se autoriza a exigir a este respecto de nosotros. La vida en sociedad no nos ayudaría, pues, solamente a reencontrar nuestros recuerdos; contribuiría también a dotarlos del rigor ante el cual se inclinan nuestras imaginaciones.

Del conjunto de estas consideraciones parece deducirse, evidentemente, que el juego de la memoria en el hombre está penetrado por entero de influencias

sociales y que es conveniente distribuir su estudio entre la psicología colectiva, de una parte, para determinar precisamente lo que debe a las aportaciones de la colectividad, y de otra, las psicologías fisiológica y diferencial, que investigarán lo que tiene de específico e individual. El papel, pues, de la psicología colectiva aparece aquí como esencial. No nos adueñamos inmediatamente de la memoria sino bajo sus formas organizadas tales como la acción de la colectividad las ha hecho y en las cuales vienen a fundirse, por así decirlo, en las profundidades, sus caracteres específicos; en la superficie, sus singularidades individuales. Así, pues, una vez más, para determinar exactamente los campos respectivos de la psicología fisiológica y, sobre todo, de la psicología diferencial, es necesario que la psicología colectiva determine de antemano todos los caracteres que en el curso de las edades y de las civilizaciones ha tomado el mecanismo de los recuerdos, sucesiva o simultáneamente, de los diversos sistemas de representaciones colectivas en el seno de las cuales actúa siempre.



Este trabajo está sujeto a una [licencia internacional Creative Commons Attribution 4.0](#)